



AÑO II

← BARCELONA 21 DE MAYO DE 1883 →

NÚM. 73

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN PASATIEMPO HONESTO, cuadro por Carlos Froschl

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—MI AMIGO PERICO, por don Rafael García Santisteban.—EL GUARDA-AGUJAS, por don José Ortega y Munilla.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—UN PASATIEMPO HONESTO, por Carlos Froschl.—ADAN DE CAMOGASC, cuadro por Barzagli-Cattaneo.—AHASVERO, cuadro por Carlos Marr.—JUDÍA DE MARRUECOS.—UNA CALLE DE SUBIACO, dibujo por Enrique Serra.—Lámina suelta: LA BATALLA DE LEIPZIG, dibujo por Toller.

REVISTA DE MADRID

Los alcaldes en el arte y la literatura.—El marqués de Urquijo.—Curiosidad de los madrileños.—Monólogos de los artículos de primera necesidad.—Carreras de caballos.—Diferencias entre España, Inglaterra y Francia.—La cerveza.—Una ruleta colosal.—Orgullo de la raza.—Eclecicismo de la fiesta de San Isidro.—El monigote de este año.—Teresa Raquin, por la compañía portuguesa.—La asombrosa Lucinda de Furtado Coelho.

Los alcaldes tienen desde hace muchos siglos en España una influencia eficaz y decisiva.

En todo han tenido representación popular é indiscutible: en arte, en literatura, en ciencias...

El Alcalde de Zalamea es una de las más notables obras dramáticas de Calderon de la Barca; y El mejor alcalde el rey es otra comedia del teatro antiguo que ha llegado con éxito hasta nosotros desafiando la caprichosa mudanza de los tiempos.

La íntegra vara del alcalde constituye un elemento de gran interés en la escena española. En pintura, no digamos: grandes artistas han reproducido los tipos de esas autoridades municipales; y desde el alcalde Ronquillo hasta los más modernos alcaldes de casa y corte la pintura concejil tiene infinidad de reproducciones en nuestros museos y en las galerías artísticas.

No hay nadie en España un poco aficionado á la música popular, que no cante con su respectiva cadencia aquello de

Señor Alcalde Mayor,
no prenda usted á los ladrones
porque tiene usted una hija
que roba los corazones.

Y respecto á la ciencia, una persona amiga de buscar etimologías más ó menos fundadas me expuso el otro día su creencia de que los *alcalis* de la química se derivaban de alcaldes del municipio.

—De modo,—le dije,—que según V...

—Según mi opinión, el Sr. Abascal es un *alcali*, ó un alcalde volátil.

* *

Dado pues el influjo que siempre han tenido en nuestra civilización y en nuestras costumbres las cosas referentes á los alcaldes, no es de extrañar que Madrid se haya preocupado tan en absoluto durante muchos días, del nuevo alcalde que íbamos á tener después de la dimisión que el Sr. Abascal había presentado.

Cuando se supo que el que le iba á sustituir era el señor marqués de Urquijo, la mayor parte de los madrileños enterados de los negocios de los demás se dijeron:

—Este es un personaje que ha sabido administrar su casa admirablemente. Vino á Madrid pobre, y hoy es uno de nuestros primeros capitalistas. A fuerza de ingenio y de laboriosidad ha logrado atraer muchos millones que forman hoy el efectivo de su fortuna. Tal circunstancia es indudablemente una garantía de acierto. Administrar un municipio es administrar una casa grande compuesta de infinidad de familias. Sobre todo, así como los padres cuidan con gran predilección de los seres desgraciados é infelices que están bajo su amparo, de igual modo es de esperar que el nuevo presidente del Ayuntamiento cuidará con solicitud exquisita de que las subsistencias del pueblo de Madrid se hallen al alcance de los menesterosos.

Estas ilusiones risueñas han acariciado la imaginación de los madrileños, en tanto que los artículos de primera necesidad hacían para sí los siguientes monólogos:

La carne.—¡Yo no sé si ahora tendré dificultades para llegar al estómago del pobre! La verdad es que yo podré ser uno de los *enemigos del alma*, según reza la doctrina cristiana; pero nunca he sentido animadversión hacia el cuerpo. Al contrario, deseo nutrirlo; comunicar fibra y robustez al hombre que trabaja, á fin de que las determinaciones del espíritu sean más justas y racionales. Para mí es todavía una verdad el aforismo antiguo que dice:—*Mens sana in corpore sano*.

El pan.—Me repugnan las cosas mermadas. Yo soy enemigo de entregarme falto de peso al que me compra. Aborrezco la adulteración, y los que explotan los trigos y las harinas sometiéndolos de una manera escandalosa á la mayor subida de precio por si la tierra está más ó menos seca y llueven ó no unas cuantas gotas de agua de la atmósfera, me parecen capaces de poner á contribución el sol y el aire si esos elementos indispensables á la vida fueran susceptibles de limitarse. Yo deseo que mis libretas se libren del monopolio.

El aceite.—¡Cuidado que mancho!... Pero esto es en mí una cualidad natural que no procuro ocultar á los ojos de nadie. Hay manchas peores que las mias, y son las que oscurecen el alma de los que con detrimento de la salud humana me falsifican. Yo procedo del ramo de olivo; yo soy la paz. Yo represento la sabrosa alimentación de los manjares. Si es necesario contribuir á la combustión, ardo; aunque ya para estos menesteres he cedido la plaza

al temeroso petróleo, al difuso gas y en ciertos casos á la electricidad maravillosa é impalpable...

¡Oh! candelas y velones de mi vida, ya estais relegados casi al carácter de objetos arqueológicos. Pero, no importa; yo, en estado de pureza, representaré siempre un gran papel en la economía humana. Ahora; si me cambian por aceite de algodón, no es culpa mía... ¡Yo protesto!

El vino.—¡Pues y yo! Pase que algunos taberneros *non sanctos* me ingieran el bautismo católico á fuerza de agua... Pero el campeche... ¡Bah!... ¡no soy tan campechano pasa resistirlo! Aun hay más. Ahora han dado en mezclarme con alumbre. Yo manifesté el otro día mi resistencia á recibirlo.

—¡Por los años de Noé!—dije—yo no puedo admitir estas mezcolanzas indignas de mi alto abolengo.

Y el tabernero que es un ladino de siete suelas me replicó:

—No hay más remedio: es necesario apropiarse tus condiciones al lenguaje del día. A los que abusan de tí se les llama alumbrados. Pues ¿cómo se han de alumbrar sin alumbre?

Ni aun este razonamiento luminoso me convenció. Yo sigo creyendo que el pan debe ser pan, y el vino, vino.

Todas las demás sustancias alimenticias (en coro).—¡Lo mismo digo!... ¡Lo mismo digo!...

* *

Las carreras de caballos correspondientes á la temporada de primavera han terminado con toda felicidad sin que ningun *jockey* haya medido la pista con su cuerpo.

El hipódromo tan calumniado en otro tiempo ha llegado á establecer como costumbre anual sus fiestas hípicas.

No hay, preciso es confesarlo, en nuestras carreras de caballos, el entusiasmo ni el ardor que hacen notables en Inglaterra y Francia las pistas de Epsom ó la de Longchamps en el bosque de Boloña. Pero no falta en Madrid una sociedad especial que adora el *sport* como los ribereños del Támesis adoran nuestras corridas de toros y el sol de Andalucía.

Es la ley del contraste. Aquí muchos beben cerveza porque saben que en Alemania y en Inglaterra se hace gran consumo de ella. Hay quien opina que las ideas filosóficas se han engendrado en el fondo de un *bock* de Baviera, y que el *pale ale* es la bebida que mejor sienta á un *gentleman* verdadero.

Por lo demás, las carreras de caballos son un motivo para establecer una especie de ruleta al aire libre.

Ruleta colosal en que la pista representa el hueco de los números y los caballos son las bolas que dan ó quitan la suerte.

En estos días de carreras los caballos son irresistibles. Todos sueñan con cuadras de pórvido y malaquita, en cuyos pesebres se halle en abundancia la dorada avena.

Si fuera posible entender el lenguaje de los caballos y les preguntáramos qué verde les gusta más para alimentarse, nos contestarían con una ambición sin celemín ni medida de ninguna especie lo siguiente:

—El verde que más me gusta es el *verde esmeralda*.

* *

Ha pasado la fiesta de San Isidro. La Pradera ha tenido sus visitantes de costumbre. Ha hecho buen sol y también ha llovido. Lo cual indica que la romería ha sido variada, puesto que se ha podido ensalzar al santo por la templanza del día, y apedrearle después en castigo de haber permitido la indiscreción de los aguaceros. Una festividad ecléctica... en resumen.

Todos los años se vende en la romería, amen del pito tradicional adornado con exuberantes flores de talco y percalina pintada, algun objeto de barro que simboliza el hecho más saliente de la temporada.

Otras veces han sido estatuitas de ministros y personajes influyentes de la política... Ahora ha sido la *mano negra*.

¡Una mano que merced á un hilo de goma se abre en sentido longitudinal como si fuera la boca de un caiman ó un cocodrilo!

* *

Mientras aguardamos la visita del rey de Portugal, sígue la compañía del teatro de la Comedia conquistando aplausos para el arte expresado en lengua portuguesa.

Se ha estrenado otra obra: *Teresa Raquin*.

El drama es de Zola y carece por completo de condiciones escénicas.

En cambio Lucinda de Furtado Coelho llega en esta obra á la mayor altura que puede alcanzarse.

Hace amar lo repugnante: colorea con matices de simpatía lo más abyecto y grosero de la realidad humana.

La ejecución de Lucinda es asombrosa.

¡Ah! si esa actriz hubiese nacido en el país del bombo y del reclamo, en Francia!... ¡A estas horas tendría una reputación europea!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 mayo 1883

NUESTROS GRABADOS

UN PASATIEMPO HONESTO, por Carlos Froschl

Dice un filósofo profundo que no existe amigo comparable á un buen libro. Así debe haberlo comprendido la interesante pareja de este cuadro.

Desde luego puede afirmarse que esa pareja la forman

marido y mujer: lo demuestra la intimidad de su actitud, al par de la atención que uno y otro consagran al escrito. Si fuesen simples novios y su buena ó mala suerte les hubiese deparado una entrevista en lugar solitario, de fijo leerían ménos ó darían ménos importancia á su lectura.

Recien casados son y con honesto amor se quieren. En la expresión de su semblante domina, no la pasión arrebatadora, sino la tranquila simpatía de los afectos. Desconfiad siempre de las manifestaciones de un amor que estalla á cada paso. El amor es fuego, sin duda alguna; pero si el fuego toma la forma de llama, en lugar de calentar incendia, en lugar de confortar destruye; el principio de vida degenera en elemento de muerte.

No hay delirio que siempre dure, y pudiéramos añadir con el otro, ni cuerpo que lo resista. Nuestros lectores toman su estado como el estado de la vida; es decir, como quien piensa gozar dilatadamente de esa felicidad que proporciona el amor sin elucubraciones y sin remordimiento.

Esos tranquilos, que no indiferentes, esposos, serán en su día previsores y cariñosos padres. Quizás el libro que de tal suerte ocupa su atención, trata de la mejor manera de educar á los hijos. En tal caso, ¿qué más honesto pasatiempo pudiera darse, ni qué mayor provecho podría obtenerse de la lectura de un buen libro?

ADAN DE CAMOGASC,
cuadro por Barzagli-Cattaneo

El pueblo helvético conserva piadosamente todas aquellas tradiciones que se remontan á la época en que sacudió el yugo de sus opresores.

La leyenda de Guillermo Tell no es más que un tributo de admiración pagado á la memoria de los héroes de la independencia política de los suizos; la leyenda de Adan de Camogasc es la apoteosis del siervo que, en plena Edad Media, recuerda á Virgilio, no en el sacrificio de su hija, pero sí en escoger la premeditada deshonra de ésta como punto de partida de la llamada plebe cuando existían patricios; de los llamados vasallos cuando existían señores.

El castillo de Gardoval dominaba la aldea de Madulein. El baron del castillo se consideraba dueño, ya no de la vida y hacienda de sus siervos, sino de la honra de sus hijas. Un día los ojos del poderoso señor se fijaron en la hermosa doncella de Camogasc, como pudieran haberse fijado en la mejor vaca del establo ó en el mejor caballo de la cuadra.

Adan contuvo la explosión de su justa ira cuando los satélites del baron fueron en busca de la hermosa aldeana, y ofreció llevarla personalmente al castillo al siguiente día. Y al castillo fué Adan de Camogasc, y fué acompañando á su hija, vestida con sus mejores galas; y cuando el señor de Gardoval se disponía á abrazar groseramente á la víctima de su brutalidad, la espada del padre penetró en el corazón del tirano.

Al grito de dolor que lanzó el herido en su agonía, respondió el grito de los aldeanos vengadores de tanto ultraje; y el castillo de Gardoval fué pasto de las llamas y Suiza sacudió desde aquel punto la dura servitud del feudalismo.

Hoy existen apenas en la libre Helvecia las ruinas de esos antiguos nidos de águilas. Al escudo de armas de los señores de cada pueblo ha sucedido el lábaro comun de los suizos, una cruz, una cruz divina que, como dicen unos hermosos versos trazados en los muros del vetusto castillo de Chillon, simboliza que todos los ciudadanos se deben á una patria y la patria se debe á cada ciudadano.

AHASVERO, cuadro por Carlos Marr

Pocas veces un argumento dramático, una leyenda trágicamente sombría, ha encontrado ejecución tan cumplida como en este precioso lienzo del distinguido profesor alemán.

Ahasvero es el maldito de Dios: su vida es la eternidad; su remordimiento no ha de tener término.

La idea del suicidio brilla constantemente á sus ojos y halaga su imaginación, como la presunción del oasis halaga al extenuado viajero en el desierto. Pero la muerte es un instrumento del Señor que no acude allá donde la llaman, sino allá donde el Señor la envía.

Todos los hombres están condenados á muerte; sólo Ahasvero está condenado á vivir.

Cuando se precipita en el abismo pedregoso, el Señor presta alas á su cuerpo y las piedras le reciben como si cayera en blando lecho.

Cuando penetra en el incendio, las llamas lamen apenas sus vestiduras, como las lenguas de los leones lamieron apenas las de David en la cueva que poblaban aquellos felinos.

Cuando se sitúa entre dos ejércitos combatientes, uno y otro hacen blanco el cuerpo del hombre temerario; pero á una pulgada de ese cuerpo las saetas se vuelven contra aquellos que las disparan, ó las jabalinas, rechazadas cual por encanto, forman á sus pies como gavillas de doradas espigas.

Ahasvero llega al borde del precipicio en cuyo fondo ruge el mar azotado por tempestad deshecha; Ahasvero sabe que las olas implacables no devuelven sino cadáveres... Una mujer lucha desesperadamente...

Ahasvero se arroja desde lo alto de la roca y sus nervudos brazos hacen presa en esa mujer, no para salir con ella á la playa, sino para que las convulsiones de la ago-

nizante le arrastren más decididamente al fondo del mar bravo... ¡Inútil empresa!

Las encrespadas olas arrojan á la arena el grupo informe.

Ahasvero es depositado en la arena, abrazado al cadáver de esa mujer.

¡Oh desesperación!

Ahasvero no puede morir. Es el maldito de Dios, condenado al mayor suplicio, al suplicio de la vida...

JUDIA DE MARRUECOS

En tierra de blancos y negros, estos últimos desprecian soberanamente á los mulatos, ese intermedio entre el europeo y el africano, fruto repulsivo para entrambas razas, engendro del sensualismo y del oprobio.

De la misma manera, en tierra de moros y cristianos el judío es el sér á quien se considera con más desvío: en el órden social y religioso es el mulato de los pueblos orientales y de cuantos practican sus costumbres.

Una judía no es más considerada que un judío, con lo cual la injusticia sube de punto, porque si el varón, á puro hostigado, se ha vuelto vengativo, la hembra es generalmente buena y apenas confía al solitario llanto la expansión de una pena que la hiere en lo más vivo, la hiere en su dignidad.

La judía, además, es frecuentemente hermosa y algunas veces su natural belleza es realizada por caprichoso traje y valiosas joyas. Ni aún así ha de encontrar quien se llame su amigo: el mendigo marroquí se cree superior á esa mujer, que puede estar adornada del valor de Judit, el talento de Esther, la hermosura de Rebeca y la modestia de Ruth.

Es judía, y ante esta simple consideración palidecen todas sus virtudes, se eclipsan todas sus dotes personales. No es, pues, de extrañar que la belleza de la judía sea severa y esté casi siempre velada por una nube de tristeza. Ella, que comprende lo poco que vale el pueblo en que vive, sobre todo si ese pueblo es el marroquí, se halla ser inferior á la última de las mujeres que da el pecho á su hijo bajo un techo de paja de maíz.

Y ¡cosa rara! el cristiano transige alguna vez con la judía; el mahometano es implacable en el desprecio que por ella siente. Se explica, á pesar de todo; Jesucristo predicó el amor y practicó el perdón; Mahoma predicó el odio y practicó el exterminio.

UNA CALLE DE SUBIACO dibujó por Enrique Serra

La antigua Sublaqueum es una población de cierta importancia, á unos 50 kilómetros Este de Roma, en tierra que un día formó parte de los Estados Pontificios. Aparte de algunos edificios notables, entre ellos la hermosa iglesia de San Andrés, debida á Pio VI, únicamente es notable por cierto convento, fundación de Benito de Nursia, en cuyo recinto funcionó la primera imprenta establecida en Italia.

La calle que reproduce nuestro grabado da una idea de la vetustez de esa población, triste y silenciosa, á pesar de sus siete mil habitantes.

LA BATALLA DE LEIPZIG

El sol de Austerlitz y de Marengo tocaba á su ocaso.

La Europa entera, como avergonzada de ser juguete de un solo hombre, siquiera este hombre fuese Napoleón I, había empeñado su honra en un postrer envite contra el coloso del siglo.

España y Rusia habían dado el ejemplo: un pueblo esencialmente libre y otro pueblo esencialmente esclavo, legaban á la posteridad el glorioso ejemplo de cómo se vence á los invencibles, de cómo se mata á los invulnerables.

Alemania salió al encuentro del coloso, y el coloso comprendió que iba á entablarse la lucha decisiva, cuyo premio era la monarquía que soñaron Alejandro y Carlos V; cuyo vencimiento era algo peor que el monasterio de Yuste, era el cementerio de Santa Elena.

Del 16 al 19 de octubre de 1813 duró la batalla: Napoleón hizo prodigios de talento; el ejército francés los hizo de valor.

Todo fué inútil: los alemanes recibían continuamente tropas de refuerzo; el emperador de Francia no contaba con más reserva que dos divisiones de la vieja guardia, que hicieron cuanto puede exigirse al militar más pundonoroso; murieron en su puesto, sin perder una línea del terreno ocupado al empezar el combate.

Por segunda vez en su vida, Napoleón ordenó la retirada: la primera la había ordenado después del horrible incendio de Moscú.

La retirada de Leipzig constituyó la verdadera derrota. Diríase que los soldados franceses han sido educados en la fortuna y que en su táctica se ha prescindido siempre de cómo se marcha presentando la espalda al enemigo. El río Elster fué tumba de muchos imperiales, y del mejor entre ellos, el príncipe de Poniatowski, elevado á mariscal la víspera del gran desastre.

El autor del dibujo que reproducimos ha querido sin duda dar una idea de los combates que se riñeron, durante esa batalla, para ocupar uno y otro ejército la población de Propstheyda, que quedó definitivamente por los alemanes. Las figuras del cuadro demuestran con sus actitudes, la viva satisfacción que experimentan al considerar la derrota de los franceses.

La humanidad lloró en cuatro días la pérdida de cien mil hombres. ¡Vayan Vds. á decirles á cien mil madres que así lo exigían los altos intereses de la política europea!...

MI AMIGO PERICO

(Historia casera)

Yo como hombre libre, en el buen sentido de la palabra, trasnochaba *in diebus illis* por costumbre y en su consecuencia amanecía para mí en todo tiempo de once á doce de la mañana.

Vivía en presidio correccional, como llama un amigo mío á las casas de huéspedes, y ocupaba un gabinete con su alcoba con vistas á un patio microscópico, que era el respiradero común de la vecindad.

Mis oídos se habían ya acostumbrado á todo ese concierto de primera hora en que llevan *el pie ó la voz cantante* los aguadores que suben el agua *con estrépito*, las alumnas del Conservatorio que *castigan* el piano, golpeándole sin piedad, las criadas que cantan *ó desafinan* con los criados, que se *crian* en la misma casa, con acompañamiento de campanillazos, portazos, trastazos y demás ruidos matutinos y sólo me despertaban la urgente visita de un amigo, que *necesitaba de mí*, ó la llegada de un billete perfumado enviándome butacas para una función de beneficencia.

Hice una breve excursión al Escorial y á mi vuelta noté con gran disgusto que había ingresado un nuevo artista en la *ruidosa* compañía matinal que funcionaba contra mi sueño.

Dormía yo tan profundamente como un sereno, un cochero de plaza ó un magistrado del Tribunal Supremo, cuando desperté sobresaltado al oír los desgarradores lamentos de una criatura (así al menos lo creí) que entre sollozo y sollozo gritaba «¡Ay Perico! ¡se ha muerto! ¡se ha muerto!»

Supuse que se trataba de algún niño que lloraba la muerte de su hermanito y salté de la cama y á medio vestir me asomé á la ventana y pregunté á la patrona, que tomaba el fresco en la de al lado:

—¿Por qué llora ese niño?

—Señorito, me contestó, si es un loro el que llora! ¿No lo ve V. en el principal?

Bajé los ojos y efectivamente ví al animalito llorar que estaba en su jaula sobre el alféizar de la ventana.

Risas mal comprimidas de las criadas que se habían asomado como yo á admirar la especialidad plañidera del papagayo me hicieron comprender que se burlaban de mi error de persona y como Aquiles me retiré, no á mis tiendas, sino á mi abandonado lecho.

No pude, sin embargo, volver á pegar los ojos, porque sin duda el loro estaba de humor y el público muy exigente y le examinaron de todas sus habilidades y hubo aquello de «Lorito real» etc. y «¿Lorito eres casado?» etc. y mandó las maniobras de un buque, hizo el ejercicio y acabó con una descarga cerrada.

Esto una vez podía tener el encanto de la sorpresa, pero continuó repitiéndose la escena todas las mañanas y á la quinta resolví proceder contra aquel *despertador* de nuevo género y solicitar de su propietario ó de la *autoridad competente* que le extrañaran del patio, sobre todo hasta las doce del día, ó arbitraran el medio de quitarle el *abuso* de la palabra.

Yo siempre almorzaba ó comía leyendo, con gran contentamiento de la patrona, porque, según ella, nunca me quejaba de lo mal condimentado de los alimentos y todo me sabía á *letras*.

No dejó pues de extrañar que, aquella mañana dando de mano al *Liberal*, me pusiese á conferenciar con ella del siguiente modo:

—¿Quién vive en el cuarto principal?

—Una señora que ha venido cuando V. estaba fuera.

—¿Será alguna vieja tan pesada y antipática como su lorito?

—Quiá, no señor, es una viuda joven y muy guapa.

—Hola, hola, eso ya es más grave. Pero ¿por qué no la obliga el casero á que tenga en un cuarto oscuro á ese *orador de patio*?

—Ya el administrador le ha hecho presente que los vecinos se quejaban de las genialidades de Perico y ha contestado que su loro es como de la familia y necesita tomar el aire para no caer enfermo.

—¡Animalito! Pero ¿cree esa señora porque es una viudita joven?... Creo que V. ha dicho que es muy joven...

—La doncella asegura que acaba de cumplir 24 años.

—Buena edad. Y porque además es guapa... ¿No ha dicho V. que es muy guapa?

—Guapísima. El domingo la ví en misa y quitó la devoción á muchos fieles.

—Pues bien, si esa señora porque es... todo eso, se ha propuesto ponernos la ley, se equivoca de medio á medio y yo mismo bajaré á decirselo.

—Este bisteck parece una suela de zapato, exclamé dando otro giro á la conferencia.

—Señorito, hoy no ha leído V. el *Liberal*, me dijo con segunda intención mi *enemigo casero*.

—Ni lo leo, añadí relativamente indignado. En cuanto tome el café bajaré á ver á esa protectora de animales.

—Y verá V. una cosa buena y de un tiro matará dos pájaros, observó la susodicha.

—Nada de suposiciones malévolas, Ramona, la dije. Yo no pienso matar al loro ni con perejil ni con revolver y mucho menos á su ama. Venga el café y basta de conversación.

Lo bebí, me avió y bajé á querellarme al cuarto principal.

II

—¿La señora de Perico? pregunté á la criada que se asomó á la ventanilla.

—Aquí no es, me contestó con la amabilidad propia de todas las del gremio.

—Vaya si es, repuse con acento firme y seguro.

—V. viene equivocado.

—Equivocado no, incomodado. Soy el vecino del tercero, con que figúrese V. si sabré á quién vengo á ver.

—¡Ah! ¿V. es visita de la señora?

—Claro y abra V., hija, que no me cómo á las gentes.

—Como hay tantos ladrones que parecen caballeros, está una siempre escamada.

Iba á responder á aquella inconveniencia cuando se abrió la puerta y penetré en lo que debía ser el recibimiento, pues con motivo del calor estaban casi cerradas las ventanas y había una media luz que era oscuridad completa para el que entraba.

Tropecé en una silla y la criada me advirtió:

—Cuidado, no rompa V. algo.

Lo natural parecía que la fámula me hubiera hecho la prevención, refiriéndose á mi persona, que podía sufrir alguna contusión de primero ó segundo órden y no á los muebles de la casa, que en caso de choque resistirían más que cualquier parte de mi individuo, pero por lo visto, aunque fuera muy *buena criada*, estaba muy *mal criada*.

—Siga V. todo derecho, me advirtió, y está V. en la sala.

Yo explorando el terreno con el bastón conseguí adivinar, después de algunos pequeños encallamientos, que entraba en la pieza de recibo.

Con el sombrero en la mano izquierda y el bastón en la derecha manejado á lo ciego, debía hacer una figura bastante ridícula.

Me pareció que la doméstica al alejarse se iba riendo.

Pude sentarme en un sillón y al cabo de algunos minutos me dí cuenta del sitio en que me hallaba.

La sala estaba amueblada con sencillez, no exenta de elegancia.

Encima del sofá pendía un gran retrato al óleo de un señor ya anciano con uniforme civil, que supuse sería el padre ó el abuelo de mi vecina.

Con objeto de *ver más claro* me tomé la libertad de abrir un poco la madera de uno de los balcones y me volví á mi asiento aguardando la salida de la *viuda joven*.

No se hizo esperar y á los dos segundos apareció mi bella desconocida.

Abrió cada ojo como un plato y en la rápida revista que hice de su personalidad no encontré exagerados los informes de mi patrona.

Era su conjunto simpático y altamente distinguido.

Vestía de negro, color que armonizaba con lo moreno de su tez y sus negras y espesas pestañas, que servían de toldo á sus grandes y rasgados ojos, impregnados de una ternura y una melancolía inexplicables.

—Caballero, ¿á qué debo el honor?... me preguntó al ver que yo me ocupaba en contemplarla y no rompía á hablar.

—Estoy á los pies de V. Soy el vecino del tercero D. Luis Lopez, contesté con la mayor finura.

—Tome V. asiento.

Así lo hice y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

Yo. V. me dispensará si me he tomado la libertad de venir á visitarla, pero entre vecinos...

Ella. Con motivo del luto no he pasado tarjeta á nadie.

Yo. (ap.) Una indirecta.—Molestaré á V. muy poco. Vengo á pedirla un favor. Yo me acuesto muy tarde y me levanto naturalmente muy entrado el día. V. tiene un loro que vale mucho.

Ella. No lo sabe V. bien.

Yo. Le oigo y me basta. ¿No podría V. disponer que no lo sacasen á la ventana que da al patio hasta después de las doce?

Ella. Imposible, caballero. Como los balcones de esta casa miran á Oriente, los baña el sol toda la mañana, y el pobre loro empieza á decir: «¡Ay qué calor! ¡ay qué calor! Perico, al patio, Perico, al patio.»

Yo. Si, á despertar á los vecinos. Señora, su loro de V. no es todo lo tranquilo que debiera.

Ella. Es un animal que no diré que sólo le falte hablar.

Yo. Nada de eso, es un Castelar con plumas.

Ella. Pero si que tiene una inteligencia extraordinaria. Yo le quiero mucho.

Yo. ¡Feliz él! (ap.) Debo empezar á insinuarme.

Ella. Nos comprendemos perfectamente.

Yo. Si, como dice Darwin, todos descendemos del mono...

Ella. V. será el que lo crea.

Yo. De todos modos, V. siempre saldría ganando y sería muy mona. (ap.) El requiebro ha resultado *cursi*, pero continué insinuándome.

Ella. Seis meses hace que estoy viuda. Perdí á mi marido, que era mucho mayor que yo, á los cuatro meses de casada. Iba de Intendente general de Hacienda á Cuba y á los quince días de llegar á la Habana murió en mis brazos, víctima de la fiebre amarilla.

Yo. Aunque no tenía el honor de conocerle, acompañó á V. en el sentimiento. Y, perdone V. la indiscreción, ¿este retrato es el de su difunto esposo?

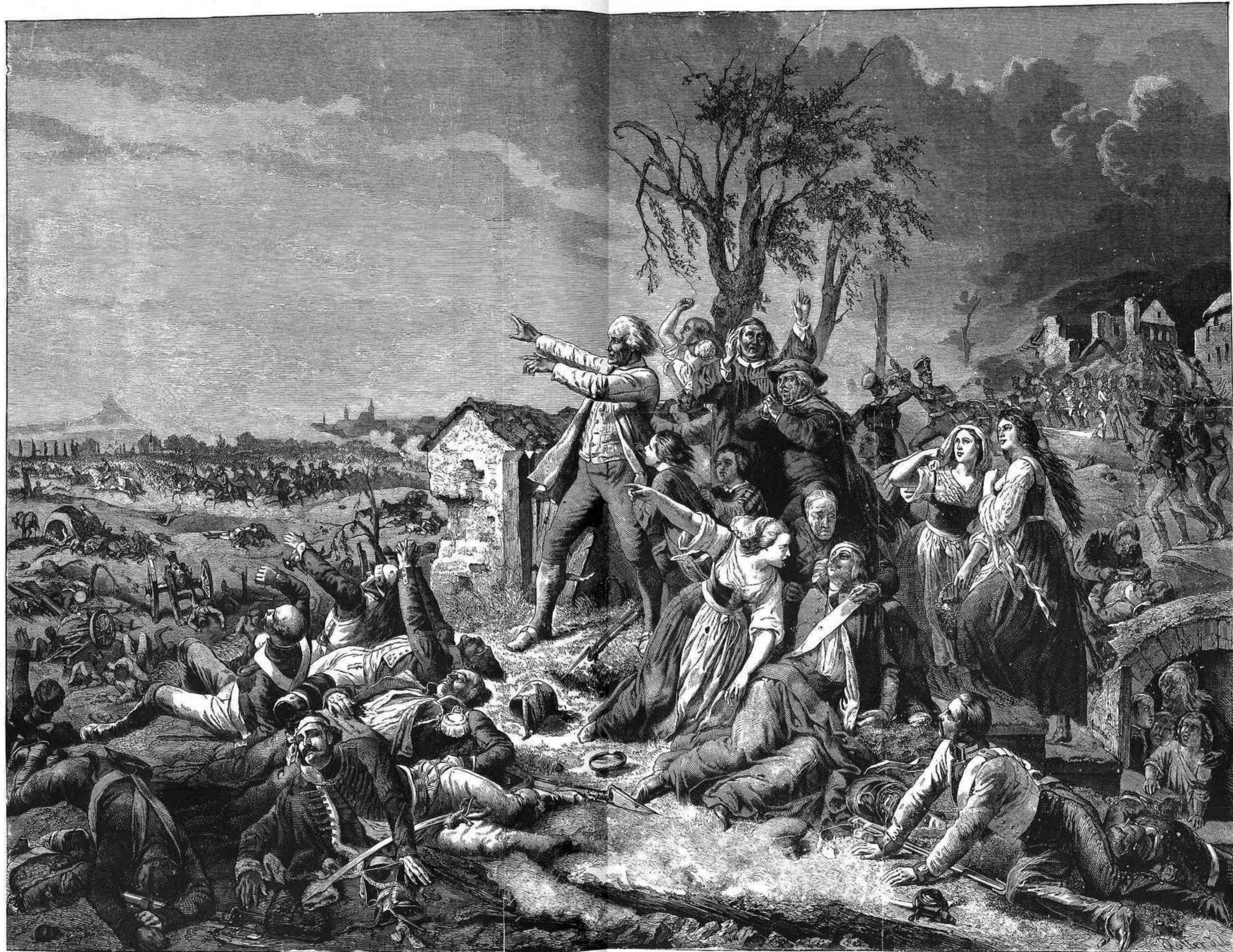
Ella. Sí, señor.

Yo. Pues tenía muy buen gusto.

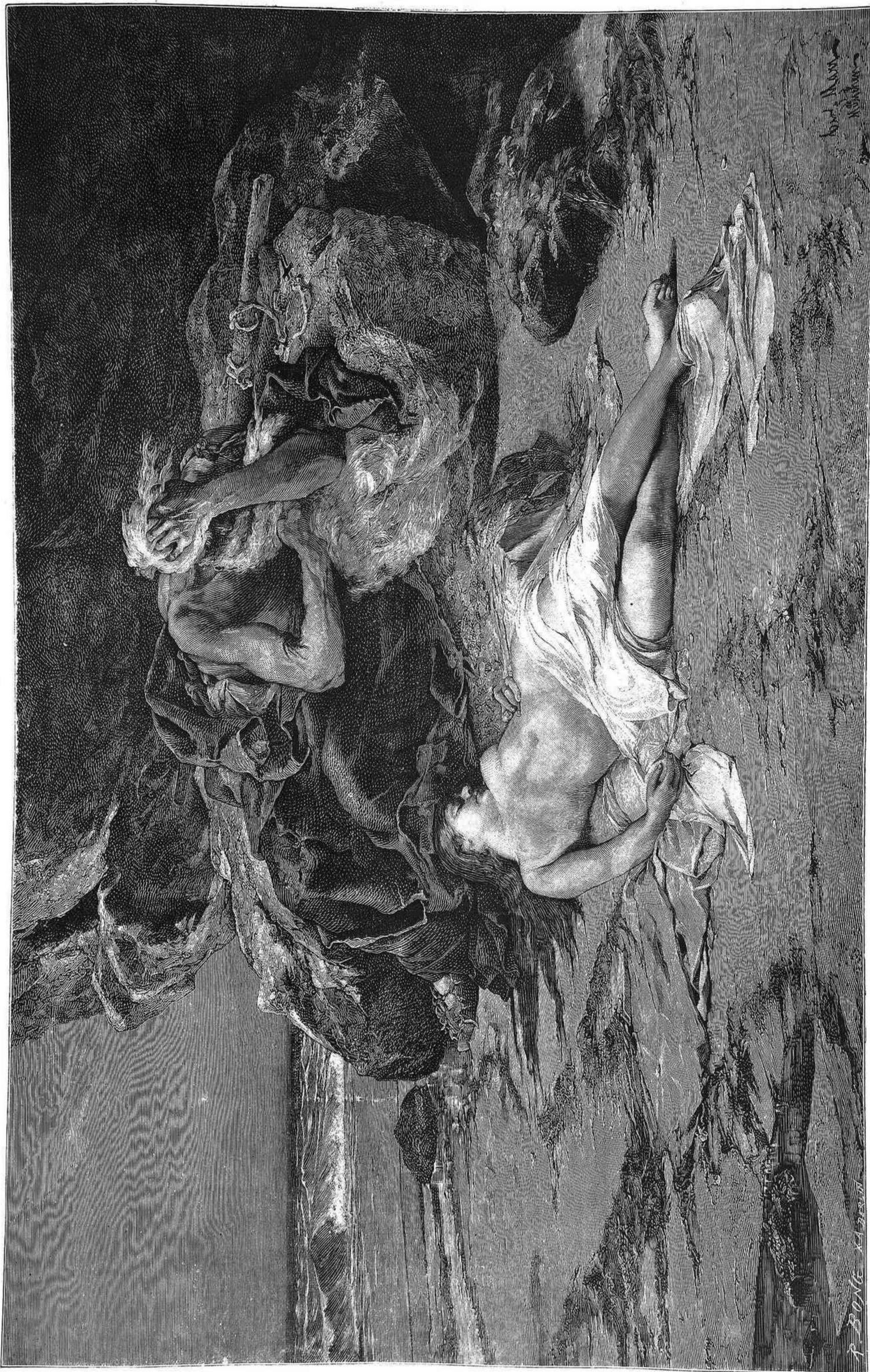
Ella. Pasado el novenario dí la vuelta á España con mi doncella y el loro, último regalo de mi marido. El



ADAN DE CAMOGASC, cuadro por Barzaghi-Cattaneo



LA BATALLA DE LEIPZIG, DIBUJO FOR TOLLER



AHASVERO, cuadro por Cárlos Marr

pobre como estaba siempre á mi lado y me veía llorar, se acostumbró á remedarme y por eso sigue llorando con tanto desconsuelo.

Yo ¿Cómo? Perico no llora sólo por llorar sino porque simpatiza con la desgracia de V. Positivamente es un loro de muy buenos sentimientos y que merece el cariño que V. le tiene. De hoy en adelante cuando le oiga lamentarse me haré la ilusión de que es V. la que se queja y la compadeceré desde el fondo de mi alma.

Ella. ¿V. es andaluz?

Yo. No señora, madrileño. Y conste que agradezco al loro la ocasion que me ha proporcionado de ponerme á los pies de una vecina, tan digna de adoracion y de respeto, y no será la última vez que venga á deleitarme en su amable compañía. (ap.) Lancé la bomba.

Ella. Gracias por tanta galantería, pero aconsejo á V. que no se moleste en visitarme. Tengo para ello motivos poderosos que me reservo.

Al llegar á este punto nuestra conversacion languideció. Creí conveniente despedirme y al salir ví que entraba un caballero alto y rubio.

¿Será este el motivo poderoso que tiene mi vecina para no recibirme? pensé al volver á subir á mi habitacion.

III

Decididamente la señora del cuarto principal era de *extra-superior* hermosura y valía la pena de idolatrarla.

Como por la peana se adora al santo, yo resolví que el loro me sirviera de peana para adorar á mi vecina que si no era santa al ménos era muy guapa.

Todas las mañanas me asomaba á la ventana y dirigía frases cariñosas al alborotador de la casa.

Le preguntaba: «¿Cómo estás, Perico? ¿te dan chocolata? ¿por qué no lloras?»

Pero el desagradecido Perico no sólo no me respondía sino que cesaba en su charla y sólo algunas veces decía por lo bajo: «Anda, feo, silbante,» y otras cosas peores.

Yo esperaba que su ama se asomase á darme gracias por mi *desinteresado* cariño hacía aquel animalito que tan preferente lugar ocupaba en su corazon, pero me engañé por completo.

Pasaron quince días y ni una sola mañana se dignó mostrar su hechicero rostro á los espectadores del patio.

Planteé otro sistema y estuve largas horas matando el tiempo en el portal para saludarla al entrar ó al salir, y sólo conseguí ver al caballero rubio, que al pasar á mi lado me miró con cierto aire despreciativo, que me dió muy mala espina.

Recurrí á la literatura para ablandar á mi bella y escribí en el *Madrid Cómic* una poesia jocosa dedicada á mi amigo Perico, que terminaba de este modo:

Tienes una ama, tesoro
de hermosura y de pasion;
dila por Dios que la adoro
con todo mi corazon.

Los versos si no eran muy buenos no pecaban de oscuros.

Eché el número por debajo de la puerta para que se enterase la aludida y á la mañana siguiente ví el ejemplar casi deshecho en la pata izquierda del loro, que se entretenía en hacerlo pedacitos con el pico.

Viendo que los medios indirectos no me daban resultado ninguno decidí presentarme con cara descubierta al objeto de mis amorosas ansias.

Me hice devoto y me aboné en la parroquia á todas las misas que se decían los días de fiesta para poder acompañarla á su vuelta á casa, pero sin duda mi rubicundo rival era un ateo sublimado y no la permitía cumplir con los deberes de cristiana, porque durante un mes no tuve la satisfaccion de verla en el santo templo.

Una mañana sin embargo la encontré en el portal.

Entraba cuando yo salía y á fuer de caballero galante me empeñé en acompañarla hasta la puerta de su morada.

La pregunté si habia leído mis versos á su loro y me contestó que no.

—Si V. quiere puedo recitárselos ahora mismo, añadi yo con la esperanza de que me hiciera entrar en su cuarto, proporcionándome la ocasion de una entrevista trascendental.

Pero tiró de la campanilla y abriéndose la puerta apareció el caballero de la *para mi triste figura*.

Inútil es decir que me quedé plantado, besé los pies á mi vecina y por vía de chiste la dije: Memorias á Perico.

No desmayé en mi empresa y la escribí varias cartas en distintos estilos mas siempre sobre el mismo tema; pero ninguna obtuvo respuesta.

Digo mal, al día siguiente de haber redactado la vigésima epistola amatoria recibí la contestacion siguiente:

«Caballero, prohibo á V. que continúe molestando á una señora con sus insípidas cartas. Ni le quiere á V. ni le querrá nunca;» y firmaba «El que V. sabe.»

Y vaya si lo sabia. era mi contrincante rubio que se permitía darse tono de soberano absoluto prohibiéndome disputarle su conquista.

Como es natural, la amonestacion hirió mi amor propio y continuó la correspondencia en verso y prosa y la hostigué con mis requiebros las pocas veces que la hallé á mi paso.

En esto tuve precision de salir para el Escorial á cumplir el fúnebre encargo de albacea testamentario de un amigo, en cuya casa me habia alojado varios veranos.

Un mes duró mi ausencia. Volví de noche á Madrid y al entrar en casa me dijo la patrona:

—¿Sabe V. la noticia? Esta mañana ha muerto.

—¿Quien, mi vecina? ¡Me ha dejado V. frio!

—No, señorito.

—¿El caballero rubio? Me alegro.

—Tampoco.

—Pues ¿quién?

—Perico.

—Méenos mal. Aunque no puede creer esa señora que yo he contribuido á tan inmensa desgracia y voy á darle mis excusas.

Sin escuchar las observaciones de mi patrona bajé al cuarto principal. Me abrió la criada y la pregunté con ansiedad:

—¿Con que es cierta la catástrofe? ¿con que ha muerto Perico? La señora estará inconsolable. Pásela V. recado que deseo consolarla.

—No recibe, me contestó.

—¿Hay lista?

—Tampoco.

—¿Y de qué ha muerto ese inteligente animalito?

—De repente. Ahí lo tiene V. muerto en la jaula.

Entónces me asaltó una idea que inmediatamente puse por obra sin oposicion de la fámula.

Mis lectores me permitirán que no les diga lo que hice hasta el momento oportuno.

Ocho días despues me presentaba en casa de la ex-propietaria de Perico con un bulto envuelto en un papel en la mano.

La criada quiso detenerme, pero yo forcé la consigna y entré en la sala con aire triunfante.

Habia visitas y en el sofá estaban ella y él.

Juzgué la ocasion á propósito para dar el golpe teatral que proyectaba y adelantándome hácia mi esquiua hermosura pronuncié este breve discurso:

—Señora, V. queria mucho á Perico y ha muerto. Comprendiendo su dolor y para que lo tenga siempre á la vista, lo he mandado disecar en casa de Severini y me apresuro á devolvérselo á V. rogándola que no vea en este acto más que el deseo de repetirla el afecto que la profeso como apasionado amigo, que ha hecho lo que á algun otro no se habrá siquiera ocurrido.

Y diciendo y haciendo arranqué el papel y enseñé á Perico disecado sobre una elegante peana.

—Caballero, me contestó mi bella ingrata, agradezco la buena intencion de V., pero á mi marido no le gustan los loros. Puede V. guardárselo como un recuerdo del que fué su buen amigo.

—Jóven poeta, prosiguió su adlátere, yo que soy esposo de Julia desde hace ocho días, le ofrezco mi sincera amistad en pago de la felicidad que le debo. Se resistía á contraer segundas nupcias á pesar de mis observaciones respecto de los peligros que corre una viuda jóven y bien parecida, expuesta á las asechanzas y galanteos de los enamoradores de oficio y V. se ha encargado de darme la razon con su tenaz sistema de asedio amoroso, valiéndose de su afectado cariño al loro, del periódico, del correo y hasta del acecho, como si fuera una perdiz. No extrañará V. pues que le escribiera aquella carta animándole á ayudarme en mi empresa. Debo á V. pues mi felicidad y el deseo tan buena suerte como yo he tenido.

Desconcertado, con el loro en la mano y viendo que los circunstantes ocultaban la cara entre las manos sin duda para reirse de mí, balbuceé algunas palabras sin sentido, dí la enhorabuena á los recién casados y tomé el partido prudente de eclipsarme.

—Tome V. ese pajarraco, dije á mi patrona, y póngale de adorno en la sala.

¡Yo habia representado en este idilio amoroso el papel de un pequeño Galeotto!

Al día siguiente busqué otra casa de huéspedes á donde me trasladé sin pérdida de tiempo.

Desde entónces odio los loros y no vivo nunca en casa donde haya un ejemplar de la especie de Perico.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

EL GUARDA-AGUJAS

Tambien tiene la civilizacion sus esclavos. A las servidumbres de la tiranía han sucedido las servidumbres de la libertad.

Quien lo dude no ha conocido seguramente á Juan el guarda-agujas.

Pegado siempre á la vía, formando parte integrante de ella, más parecia un instrumento mecánico que un hombre.—En la edad de hierro hubiera sido siervo de la *gleba*: en la edad de vapor era siervo del *rail*.

No conocia más mundo que el pequeño espacio que abarcaba su vista.

Dos altos y desiguales muros de granito; bajo sus pies un pedazo de tierra largo y estrecho, cuajado de nervios de hierro, que salía de un subterráneo para ocultarse en otro, como si fuera presa que se disputaran las negras y cercanas bocas de los túneles; sobre su cabeza un jiron de cielo al cual se asomaban caritativos el sol y las estrellas, el rayo de la luna y el rayo de la tempestad, rompiendo la monotonía de aquella bóveda sepulcral.

En los tiempos legendarios hubiérase creído que

una turba de monstruos cayendo de la altura habia abierto aquel camino á fuerza de dentelladas en la roca viva.

Sobre un montecillo de arena, donde los pies se hundian al andar, alzábase una caseta de madera á propósito para servir con desahogo de nocturna vivienda á un perro de ganado, especie de garita pintada de negro, más ancha en su base que en su remate, que desde léjos hubiese podido pasar por un ataúd en posicion vertical. Allí vivía Juan como vive el desnudo tronco del árbol en el árido rincón de la sierra. Nadie se acordaba de él ni él se acordaba de nadie. Brusco y salvaje, fiel á sus deberes, sin pensar en el porvenir ni recordar un pasado que era igual al presente, comprimidos sus pensamientos y su respiracion por aquellos inmensos murallones que servían de valla insuperable al camino, ejercitaba el mayor de los heroísmos; ese que se desarrolla en el secreto impenetrable de una existencia oscura sin recibir halagos de la suerte ni solicitar aplausos mundanos, que nace del fondo de un alma desgraciada y sabe sucumbir sin molestar á los poderosos con sus quejas ni excitar la compasion con sus gritos.

Atento siempre al más ligero rumor, velando mientras los demás dormían, arrojado por la civilizacion sobre una roca, pagaba los rigores de la suerte sirviendo de vigía y de amparo á los caminantes que en alas del vapor se deslizaban frenéticos por el espacio sin más punto de union con la tierra que dos cintas de hierro que en caprichoso giro se ocultaban en el vientre de los montes, ondeaban sobre empinada cumbre ó se retorcian juguetonas y atrevidas al borde del abismo ó sobre las aguas del río.

Apénas sonaba el lejano silbido de la locomotora corria Juan á su puesto y los trenes pasaban por delante de él, despidiendo chispas de fuego y ensordeciendo los aires con su retumbar de trueno, sin dejarle tiempo para apreciar los detalles del conjunto diabólico que ofuscaba su vista y, al salir de un túnel para entrar en otro, lanzaban infernales resoplidos como para recobrar fuerzas al aire libre en aquel respiradero y continuar despues su camino subterráneo.

Cuidaba las agujas con tanto esmero como puede cuidar un padre á sus hijas, y al oprimir la palanca le parecia que estrechaba una mano amiga.

Cuando una leve presion no bastaba para que las agujas, desviándose de su posicion normal hiciesen cambiar de vía á los trenes, era de ver al buen Juan riñendo á sus servidoras con una energía y una altivez dignas de un Jefe de estacion de 1.^a clase.

Rendido por el sueño en calurosa noche de verano se echaba junto á la vía con el oído puesto sobre el rail para que las lejanas vibraciones del tren le despertaran. ¡Cuántos, con ménos fortuna que él, pasaron á dormir así el último sueño! La dentada cuchilla del tren segó su cuello de igual modo que el hacha del señor feudal segaba la vida de sus vasallos sobre el tajo.

Veía pasar un año con la misma tranquilidad que un tren y siempre encontraban los trenes y los años al guarda-agujas de los túneles quieto en su tumba con los cabellos grises, los ojos verdinegros, el rostro curtido, el pantalon oscuro, la blusa azul y la gorra de galon encarnado compañera inseparable de una cabeza que no apreciaba nunca la diferencia que existía entre las lluvias de enero y el sol de agosto.

Lo único que variaba en el guarda-agujas era el objeto destinado á lucir en su mano al paso de tren. Lo de ménos era su persona: lo de más la bandera ó el farol á los cuales servía de sustentáculo.

Cuando la bandera estaba arrollada, el tren pasaba desdeñoso y confiado, sin temor ni zozobra.—La vía estaba libre. Si la bandera desplegada al aire era verde... el tren refrenaba su marcha y seguía avanzando con recelo al ver que se le hacia una señal de precaucion. Si era roja, se detenía amedrentado ante la ráfaga de sangre que se agitaba á su vista anunciando la proximidad de un peligro.

El alma apasionada que volaba en pos de los objetos de su amor, el cuerpo enfermo que corria tras la salud, el positivismo buscando más ancha esfera á sus goces materiales, el espíritu siempre en lucha con las miserias de la realidad, la fortuna del comerciante, los ideales del artista, las teorías del sabio... todo se encontraba pendiente breves instantes de la mano callosa y fuerte del oscuro guarda-aguja. Una pequeña contraccion de aquellos músculos obedientes y mansos hubiera bastado para trocar en polvo tantos tesoros, tantas ilusiones, tantas grandezas, que cruzaban el mundo sin dejar más huella de su paso que una negra estela de humo en el horizonte.

La importancia de Juan era, sin embargo, desconocida en absoluto por los que participaban de sus beneficios. Nunca mayor desden fué soportado con

más abnegacion—y al ver aquellos cíclopes de ojo encarnado salir de una oscura caverna para meterse en otra y pasar y repasar por delante de su caseta, no se le ocurría exclamar:

«Ah! corred... volad: para que tanto os movais es preciso que yo permanezca siempre inmóvil. Si veis nuevos horizontes es á cambio de que yo no conozca más espacio que esta sepultura. Vosotros sois la libertad, yo soy el orden. ¿De qué serviría que el rayo, aprisionado en un alambre, mordiera y deletreara sumiso la palabra humana, y que el vapor arrastrara pesados trenes y férreas máquinas empujándolos á su capricho por todos los ámbitos de la tierra, de igual modo que el espíritu mueve á su antojo la materia humana en los sublimes esfuerzos de la voluntad, si yo no hiciera fecunda esa potencia, manteniéndola siempre en el buen camino? Una ligera inclinacion de mi mano bastaría para trocarlos instrumentos de la vida en ciegos y terribles auxiliares de destruccion y muerte. Seguid vuestro camino sin fijaros en mí; cruzad confiad, no os detengais; yo velo por vosotros; nada teneis que temer. El esclavo más humilde de la civilizacion no faltará jamás en su puesto!

Pero á Juan, guarda-aguja de nacimiento, no se le podían ocurrir tales cosas, ni realmente era necesario. Bastaba que supiese atender á la custodia, conservacion y manejo de las agujas. Y nada más.

Una noche.... despues de haberse alejado un tren rápido que se detuvo breves instantes por un accidente imprevisto, al dirigirse Juan á su caseta tropezó con un bulto. Junto á la vía, mal rebujado en precioso chal, se encontraba un niño recién nacido.

Aprovechando sin duda la parada del tren, una bella fiera de esas que arrastran seda y encages sobre alfombras de terciopelo habia consentido en cometer el horrible crimen de abandonar al hijo de sus entrañas quizá invocando exigencias de una honra cien veces pregonada y subastada en las salas espléndidas del mundo elegante.

Juan llevó al niño á su hogar, y experimentando extrañas y desconocidas sensaciones, se le ocurrió por primera vez en su vida la idea de que podía dormirse mejor sobre un banco que sobre una piedra y aún añadió el capote, á guisa de colchon, sobre la madera para menguar las durezas del improvisado lecho.

El niño se reanimó al sentir el honrado calor de aquella humilde caseta y lentamente fué desapareciendo de sus miembros el frio del abandono y de la noche.

Al día siguiente el número de los seres vivientes de la caseta se aumentó con una cabra.

Juan le compró al desventurado niño una madre más digna de serlo que la que le habia tirado sobre las piedras del camino.

El niño se llamó como su padre adoptivo, pero los pocos empleados de la línea férrea que le conocían, le distinguieron con un nombre que recordaba



JUDIA DE MARRUECOS

el número del tren donde nació.... Le llamaban el hijo del 93.

Aquella hermosa criatura de cabellos de oro, tez sonrosada y azules ojos, fué para el alma de Juan el rayo de luz que vivifica y alumbra. La naturaleza salvaje del guarda-aguja se sintió de pronto agitada por sentimientos dulces y risueños.

El oficio mecánico, la vida material y monótona, habian hecho de Juan un artefacto de corteza más dura que la de los nogales, pero la mirada del pobre ángel abandonado penetró la áspera superficie y le hirió muy adentro denunciando la existencia de un corazon que hasta entónces nadie habia echado de ménos.

Aquel hombre rudo y fuerte se tornó blando y sensible. Abierta la válvula siempre cerrada de su corazon, se desbordó á torrentes el sentimiento inundando todo su sér. Ya no dormía sobre la arena ni permanecía mudo días enteros con la vista apagada y el alma en tinieblas. Despertó del sueño brutal y despertó con la actividad que suele producir un largo descanso.

Jamás placer más puro fué sentido con mayor intensidad que el placer de Juan al tener entre los brazos á su hijo adoptivo.

Creció la hermosa criatura como crece la flor de los campos aprisionada en la hendidura de una piedra. La primera vez que se rió el niño fué la primera vez que lloró Juan.

monstruo del lado de la inocente víctima que se disponia á devorar derrumbándolo por otra senda de perdicion y muerte. ¿Cruzó este pensamiento por la mente del guarda-aguja? ¿Se negaron acaso á realizar semejante propósito unas manos rutinarias acostumbradas durante muchos años á ejecutar la misma maniobra, á la misma hora y en idénticas circunstancias? ¡Dios lo sabe!

El tren pasó, como pasa la planta del hombre sobre el césped sin reparar en la florecilla que destroza y pulveriza, y una espantosa maldicion llenó los ámbitos del espacio retumbando en las cóncavas montañas, mientras el infeliz guarda-aguja recogia de la arena del camino los sangrientos despojos del único sér á quien habia querido en el mundo.

En aquel terrible instante, volvió á sonar en direccion contraria la voz implacable del tirano de aquellos dominios. La fuerza del deber arrastró á Juan maquinalmente. Con los ojos llenos de lágrimas, el rostro salpicado en sangre y estrechando el cadáver de su hijo sobre su corazon, llegó á las agujas, y al ver acercarse la locomotora extendió el brazo trémulo hácia el camino sosteniendo en su mano una bandera roja arrollada.

El tren de recreo pasó fogoso despidiendo á borbotones carcajadas y cantares sin reparar en el pobre esclavo.

La vía estaba libre.

Padre é hijo sentian grande y profunda aversion hácia aquellas serpientes de gruesos anillos que se arrastraban sin cesar ante sus ojos y que venian á turbar su felicidad y reposo.

El niño gemia profundamente al oír el silbato de la locomotora y con estremecimientos nerviosos é inarticulados gritos indicaba que le alejasen del camino. El padre cumplia su obligacion, bien á pesar suyo, mientras el niño daba rienda suelta á su llanto en la caseta. Apénas pasaba el tren, pasaba el dolor; con el tren se iba y con el tren volvia.

Una tarde jugaba el niño delante de la caseta saltando sobre los rails como saltan los pajarillos en las ramas de los árboles.

El grito ahogado de un tren sonó en las entrañas de los montes; el guarda-aguja, llamando al niño, corrió á su sitio; pero Juanito, en vez de buscar refugio á su espanto en los brazos de su padre, se precipitó en direccion contraria, corriendo y gritando mientras agitaba los bracitos en ademan de esperar sin temor la llegada de la rugiente locomotora.

Gritaba el padre, reía el niño y, de repente, envuelto en humo apareció el tren en la boca del túnel. Era el número 93. Las manos de Juan vacilaron. Un temblor convulsivo puso en conmocion todos sus miembros, invadieron su corazon angustias de muerte y su cabeza oleadas de fuego....

El niño se habia sentado sobre el camino que debia recorrer el tren.

Nada más fácil para Juan que apartar al

monstruo del lado de la inocente víctima que se disponia á devorar derrumbándolo por otra senda de perdicion y muerte.

¿Cruzó este pensamiento por la mente del guarda-aguja? ¿Se negaron acaso á realizar semejante propósito unas manos rutinarias acostumbradas durante muchos años á ejecutar la misma maniobra, á la misma hora y en idénticas circunstancias? ¡Dios lo sabe!

El tren pasó, como pasa la planta del hombre sobre el césped sin reparar en la florecilla que destroza y pulveriza, y una espantosa maldicion llenó los ámbitos del espacio retumbando en las cóncavas montañas, mientras el infeliz guarda-aguja recogia de la arena del camino los sangrientos despojos del único sér á quien habia querido en el mundo.

En aquel terrible instante, volvió á sonar en direccion contraria la voz implacable del tirano de aquellos dominios. La fuerza del deber arrastró á Juan maquinalmente. Con los ojos llenos de lágrimas, el rostro salpicado en sangre y estrechando el cadáver de su hijo sobre su corazon, llegó á las agujas, y al ver acercarse la locomotora extendió el brazo trémulo hácia el camino sosteniendo en su mano una bandera roja arrollada.

El tren de recreo pasó fogoso despidiendo á borbotones carcajadas y cantares sin reparar en el pobre esclavo.

La vía estaba libre.

J. ORTEGA MUNILLA

NOTICIAS GEOGRAFICAS

EL TÚNEL DEL CANAL DE LA MANCHA.—Lord Grosvenor, presidente de la compañía del Túnel, ha dicho en la última sesión parlamentaria que aquella se propone establecer un simple túnel de camino de hierro con dos vías. Sólo habrá estaciones en sus dos extremidades; y calcúlase que la explotación, organizada según el «block system» (sistema de bloques), como toda línea férrea bien entendida, permitirá que salgan doce trenes por hora en cada dirección. Para poder pagar los intereses al 5 por ciento se necesitaría una renta anual de 678,000 libras esterlinas, y para obtener tal resultado se deberían trasportar 2,000 viajeros diarios, ó sea 1,500,000 anualmente, á razón de 6 y medio chelines por persona, así como 580 toneladas diarias de mercancías, á 10 chelines una. A 550,000 ascendió en 1882 el número de viajeros que efectuaron la travesía del Canal de la Mancha. Lord Grosvenor ha dicho además que en caso de peligro no será necesario destruir del todo ó en parte el túnel, pues la compañía ha encontrado el medio de cerrarlo perfectamente por un tiempo ilimitado.

Prescindiendo de esto, el túnel se hallará bajo el nivel del mar á tal profundidad, que no se le podrá volar ó hacer penetrar las aguas de modo que sea imposible su restauración. En las extremidades, por el contrario, el túnel se podrá cerrar ó obstruir de modo que para dejarle de nuevo expedito se necesitaría un trabajo de tres meses lo ménos. En cuanto al tráfico entre Inglaterra y Francia, Lord Grosvenor piensa que no debe temerse un entorpecimiento por las tarifas francesas, puesto que la apertura del túnel tendrá seguramente por resultado franquear todas las barreras que las aduanas oponen hoy al libre cambio.

* * *

EL ISTMO DE TEHUANTEPEC.—Según dice el *Eco de México*, el famoso proyecto del capitán Eads para la construcción de una línea férrea destinada á trasportar buques á través del istmo de Tehuantepec parece próximo á realizarse. El informe publicado recientemente por el concesionario en el diario oficial dice que una sección de ingenieros se ocupa en practicar un reconocimiento completo del istmo.

* * *

EXPLORACION DEL MAR DE LAS ANTILLAS.—El vapor de los Estados Unidos *Tallapoosa*, á las órdenes del comandante A. G. Kellogg, acaba de hacer rumbo para las Antillas, donde la expedición debe practicar varios trabajos topográficos y de sondeo.

Según las instrucciones del ministerio de Marina, se debe reconocer la naturaleza de la costa occidental de Cuba, procurando descubrir ciertos bancos de arena que al parecer existen á unas diez millas del cabo de San Antonio.

Los buques que cruzan hoy por esta costa deben hacer un rodeo de 20 á 40 millas para evitar un peligro cuya existencia es dudosa: hay un sitio donde sólo se encuentran dos brazas de agua, según ciertas cartas marinas; mientras que otras indican mucha profundidad.

* * *

EXPEDICION NORDENSKIÖLD.—La expedición proyectada por el baron Nordenskiöld al interior de Groenlandia partirá el 20 de mayo. El gobierno sueco ha puesto á disposición del explorador el vapor *Sofia*, que saldrá de Gotemburgo en dicha fecha para recoger al ilustre viajero en la costa de Escocia. Desde aquí, el baron se dirigirá hácia el fiordo de Anleltsivik, en la costa occidental de Groenlandia. Le acompañan cuatro naturalistas y un negociante de Berlín.

Ya se recordará que el profesor Nordenskiöld emitió la opinión de que el interior de Groenlandia, generalmente considerado como una llanura de hielo, era, por el contrario, durante parte del verano una region templada: reconocer esto es el objeto principal de la expedición.

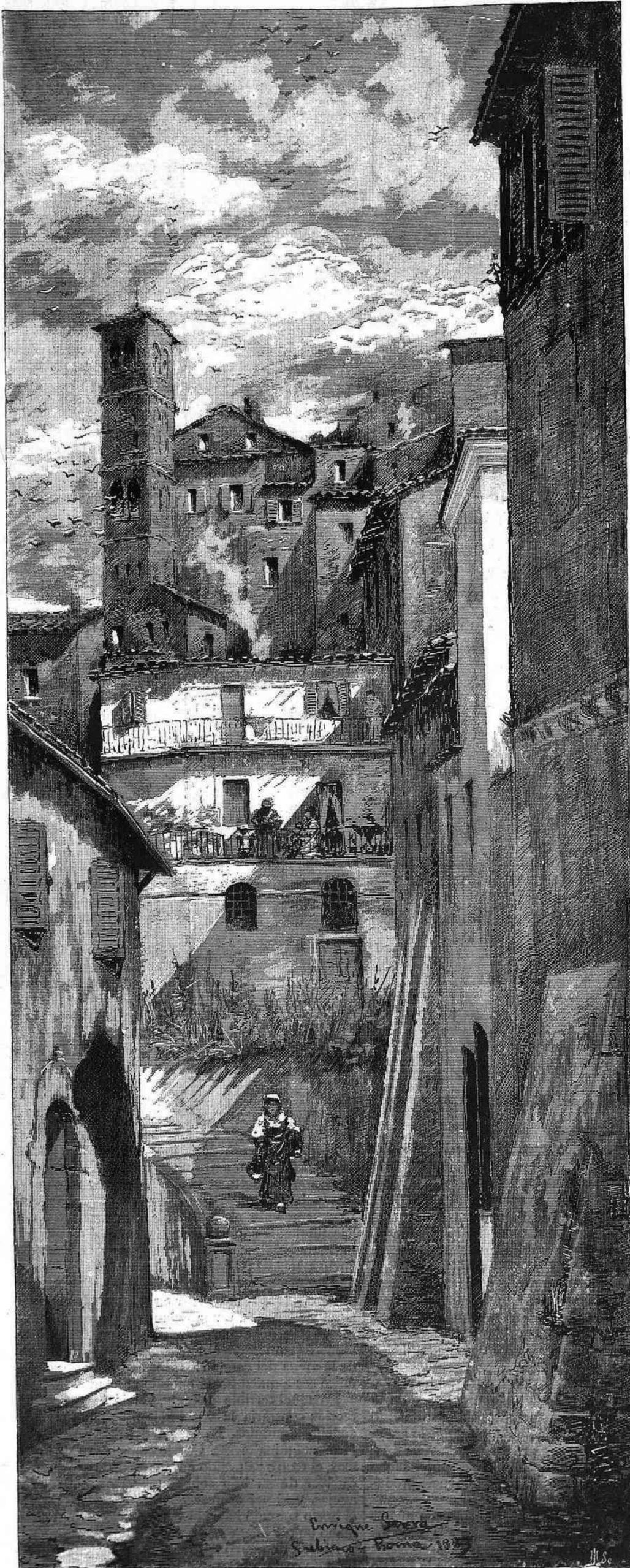
NOTICIAS VARIAS

LA TRAVESÍA DEL TÉ.—Es costumbre en Inglaterra conceder una prima considerable al buque que conduce á Lóndres el primer cargamento de té. Esta prima ha sido obtenida últimamente por el *Stirling-Castle*, que ha franqueado en 31 días la distancia que media entre Woosung (China) y Lóndres. Hasta ahora los buques de más rápida marcha no efectuaban esta travesía en ménos de 35 á 37 días; el *Stirling-Castle* ha empleado en este viaje un espacio de tiempo poco más ó ménos igual al que se necesita para ir desde las Indias á Inglaterra, consumiendo más de 100 toneladas de carbon cada 24 horas, con una fuerza de 8,000 caballos. Este buque, construido en el arsenal de Glasgow, expresamente para este servicio, mide 133 metros de longitud por 15'25 de anchura, y su cabida es de 4,500 toneladas; su hélice, de bronce manganésado, tiene 7",40 de diámetro y funciona por una máquina Compound de 3 cilindros. En la marcha de este buque, de absoluta regularidad, sólo se han observado insignificantes vibraciones, á pesar de su enorme peso y de su extraordinaria celeridad.

* * *

ACCION DEL ACEITE SOBRE LAS OLAS.—En la rada de Aberdeen se han practicado últimamente experimentos relativos á la acción del aceite sobre las olas. Cuando soplabá un viento del sudeste bastante fuerte, que hacía subir las olas hasta el punto de que pasaran sobre los diques, imposibilitando la entrada de un buque, el capitán Brice, acompañado de los oficiales del puerto, hizo una prueba importante. A los 20 minutos de haberse vertido en el agua 280 galones (medida inglesa de líquidos que contiene 8 cuartillos) de aceite de grasa de ballena, las crestas blancas de las olas desaparecieron, calmóse la agitación, y la entrada del buque en el puerto fué muy fácil.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



UNA CALLE DE SUBIACO, dibujo por Enrique Serra

Nueva publicación: estamos preparando para publicarla en breve una edición económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.